

EL ESPAÑOL AL ALCANCE DE TODOS

Elegía en la muerte del tabernero Juanito Carpetón

Andan sus clientes tristes esta mañana,
Juanito Carpetón.
Dicen cosas de usted húmedamente
ante la copa de chinchón.
Otros bares del barrio los acogen
huérfanos en su pena.
Ven su vida vacía y no es que otrora
la hayan sentido llena.
Se sienten sus clientes, buen Juanito,
tristes y abandonados.
¿Y dejas, pastor santo, tu grey en este valle?
Estamos apañados.
Se miran y vacilan. Sienten vértigo
porque les falta apoyo.
¡Han dejado a Juanito de su alma
metido en triste hoyo!
Son lúgubres compadres hoy en día
(ayer eran rientes)
y andan más solos ellos que la una
gementeeeees et flentes.
Son gentes ya de suyo un poco solitarias
pero hoy se les nota
algo peor en la mirada turbia.
Tienen la voz más rota.
Usted abría si le daba
la gana, Juanito Carpetón.
Sus fieles le esperaban a la puerta
con gran expectación.
Bala Lugosi presidía, clavado con tachuelas,
el jocundo lugar
polvoriento y sembrado de sorpresas
y juguetes sin par.
Una caja vacía cumplía las funciones
de la televisión.
Asomaba la gaita Juanito por el hueco
y decía un sermón.
O enchufaba con agua a sus clientes
con gracia sin igual
y decía que aquel era el programa
de su tercer canal.
No perdonaba ronda y se bebía
el contenido de un tonel.
<Tocadme las pelotas, alcachofos>.
(Eran frases de él).
En días especiales llegaba a revestirse
con hábito talar.
A sus jocundos feligreses convencía
con su expresivo hablar.
O sacaba una enorme cornamenta
de un viejo toro fiero
y se la probaba (a ver cómo le iba)
al cliente primero.
Cuentan de que un señor entró una tarde
y pidió una sardina.

Juanito se la asó con gran cuidado,
con maña docta y fina.
Sus clientes miraban a Juanito
no sin cierta emoción.
Lo vieron acabar el fino asado
e hizo esta operación:
Cortó un breve trocito y en silencio
empezó a degustarlo.
El señor lo miraba sorprendido
sin saber si matarlo.
Juanito sintió delectación, comióse toda
con sumo gusto y gran placer.
<Para una vez que algo me sale bueno>, dijo,
<no lo voy a vender>.
Era un autoservicio rutilante
el descuidado mostrador
y se pagaba a ojo lo gastado,
ojo consumidor.
<Cabritos, echad vino, que bebamos
tabernero incluido.
Supongo que es a eso, borrachuzos,
a lo que habéis venido.>
Sus gracias incontables (me cuentan sus amigos)
manaban de él sin pausa.
¡Adorable Juanito! ¡Bello efecto
de una perdida causa!
De madrugada, dicen, se olvidaba a veces
de cerrar el local
y la gozaba -<marchemos, mamelucos>-
buscando su portal.
A la mañana los repartidores
dejaban en el suelo
bajo el maligno sol de mediodía
la cerveza o el hielo.
Esperando a Juanito, el cual llegaba
con un capacho viejo.
<Juanito, a ver si abres.> <Hola, antropófagos.
Sigamos el festejo.>
Escribo en otro bar, en el cual a estas horas
-<bebo en la competencia>-
irrumpía Juanito y con voz ronca
saludaba a la audiencia.
Hoy no vamos a verlo aquí con su chapela
y su negra chalina.
¿Te fuiste sin cerrar, como otras noches,
a enterrar la sardina?
Termina aquí mi lúgubre elegía
que es llanto popular.
Juanito, aquí en su barrio hemos sentido hoy
algo como llorar.

(Madrid, 20-22 de junio 1970)

Rastro de la mañana

Esta mañana, esperad que me acuerde,
esta mañana,
un pelirrojo con barba de tres días
con abrigo rotísimo, se miraba al espejo.
Esta mañana, una gitana coja
cantaba con un niño el horroroso crimen
de una criada de servir.
Esta mañana sonaba una guitarra en algún sitio y el tiempo estaba
oscuro, de llover.
Esta mañana había una niña paralizada
bajo su enorme hato;
una niña tísica llevaba sobre los hombros tres sillas rotas.
Esta mañana se arrastraba un hombre
sentado
con los pies hacia delante y un extraño tic;
compraba una barra de pan,
llenaba su mechero de gasolina,
entraba en un almacén de tejidos.
Esta mañana
una tienda pobrísima se llamaba <El porvenir del automóvil>.
Ahora estoy en el Café Viena, en el barrio
de Argüelles, y no sé qué pensar de lo que estoy diciendo.

(3 de noviembre 1955)